

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.  
Extranjero, 7'50 PESETAS trimestre.  
Comunicados a precios convencionales.  
Redacción y talleres: S. Lorenzo,

JUEVES 14 DE FEBRERO DE 1901

### PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea  
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id.  
En primera. . . . . 00'20 id. id.  
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

### PROVERBIOS

## ¿Por si acaso? ¿Quién pensara!...

No cabe duda que los proverbios constituyen una provechosa enseñanza, para los que no se hacen los sordos a la santa voz del pueblo, que si no es precisamente voz del cielo, á lo menos parece inspirada en un algo divino que bien pudiera ser la revelación misma.

Uno de los proverbios que más elocuentemente nos hablan es el que dice: «Más vale un por si acaso que un quien pensara». Sin embargo nadie hace caso de esta máxima popular.

El por si acaso hace relación á algo que ha de venir; que no está cerca; que es dudoso que suceda; indica tan solo una sombra de temor; una sombra lejana que apenas si se percibe sin un gran esfuerzo de imaginación.

Así se explica el olvido en que vive, el desprecio con que se eye este alerta que sin duda nos dá nuestro destino, por medio de la voz del pueblo.

El quien pensara, tiene una elocuencia más palpable; ante él hay que bajar la cabeza como ante la posibilidad de un hecho consumado.

En todos los momentos y actos de nuestra vida se ve reflejado el injusto desprecio que nos merece esa voz popular cuya eficacia está comprobada por una dolorosa experiencia.

En el hogar doméstico se registran á diario ejemplos harto elocuentes, y horribles en algunos casos, de este olvido ó desprecio á lo porvenir; de este desafío á los insondables misterios del mañana: porque ese desafío result: de la provocación que á los acontecimientos hacemos cuando con nuestros actos los llamamos temerariamente.

Juzgando por los tonos que lleva este artículo, se cree que nos hemos convertido en *Arcades*, acaso que buscamos fama de *Oracles* ó quizás que hablamos por boca de alguna *Pitónisa* que para estos casos tenemos en la Redacción.

Ahora se pasmarán ustedes, al saber que todo este exordio si así quieren que se le llame, lo hemos hecho para entrar á ocuparnos de Caserta.

Quando este aristócrata Borbon, quizás se entregue á las felicidades de su nuevo estado, sin preocuparse de los azares del porvenir; sin pensar en el mañana mas que para suponerlo una continuación de hoy; sin acordarse del futuro si no es para mirarlo como la coronación á los placeres del presente; sin penetrar en lo remoto porque lo próximo, lo inmediato le seduce con una realidad halagadora; sin querer siquiera dirigir una mirada á las sombras de lo augurable, por que las placidas que en forma tangible se le presentan oscurecen las nubes que pudieran vaticinar en su porvenir. Quando el destronado príncipe de Nápoles no se ocupe en otra cosa que en regocijarse en la solemnidad del día; y la esposa del circunstancial príncipe de Asturias no piense más que en las felicidades que en compañía de su consorte, le aguardan y su propia candidez ó inesperienza le vedan penetrar en el mañana; y la madre de ambos príncipes, nuestra augusta soberana, no fije su atención en las nebulosidades del porvenir, para entregarse por completo al regocijo que hoy reina en el palacio de los reyes; y la familia real quizás ignore hasta que existe algo más allá que el presente, por que no ha tenido ocasión de acordarse del mañana quien vive en un instante ó invariable feliz hoy; y la Corte embriagada por el júbilo que se derrocha en los actuales momentos, no vislumbra los afores de otros días menos felices; y el gobierno que consiente y aplaude el matrimonio de Caserta, no repare en lo futuro porque le embotan los sentidos la hartazón de dulces de la boda, que se está dando, cuando muchos españoles y no españoles, de los que paladean el chocolate y los manjares que brinda la boda de la Princesa, adormecidos por el aroma que

despide el licor se distraen solamente en contemplar confusamente las espirales que forma el humo de los habanos: de esos sabrosos cigarrillos que nos hacen memoria de otros tiempos en que España era grande, en que España era rica, en que España era floreciente, en que España tuvo en su seno á un Colón y entre sus hijos á un Cortés y á un Pizarro, en que España tenía colonias, en que España tenía vergüenza; y en tanto que los convidados á la boda en nada de esto piensan y se divierten con festejos y disfrutan en comilonas, olvidando lo que debieran prever, evitando lo que acaso constituya un peligro para esa misma familia que tan sollozta y espléndidamente les obsequia; en tanto que todo esto ocurre en el palacio real, nosotros que somos quizás los menos obligados, dirigimos nuestra mirada al porvenir y en bien de Caserta y en favor de esa augusta dama que le entrega su man, con dolor profundo exclamamos: ¿Quién pudiera evitar ese matrimonio!

Y nos arranca esta exclamación el amor al prójimo, que no el agradecimiento; la nobleza de alma, que no los bastardos sentimientos; el altruismo, que no el interés personal ni siquiera de ideas.

Y si se nos preguntara por la causa que motiva esa exclamación, sin vacilaciones responderíamos: Porque para nosotros es santa la voz del pueblo; porque no despreciamos ni mucho menos desafiarnos al porvenir; porque preveemos un *quien pensara!* y á él opondríamos sin remordimientos de conciencia, un *por si acaso.*

Y no es escrupulosa ni mucho menos infundada nuestra previsión; ni si augurásemos algo sería exagerado nuestro augurio. Porque para nosotros significa mucho el grito de protesta que se levanta en la cámara de los diputados, rechazando el matrimonio de Caserta con la Princesa de Asturias; porque para nosotros reviste importancia las manifestaciones de la prensa, contrarias en absoluto á que se efectuara ese matrimonio; porque para nosotros no debe despreciarse la voz del pueblo, del que todo lo vale, todo lo puede y todo lo significa, del que supone mas que el Gobierno y mas que el Rey, del que es indispensable recibir consejo porque es el señor, porque es el poderoso, porque es el amo; porque el pueblo es la patria, y á la patria se debe el Rey y el Gobierno; y el grito de ese pueblo es de energía protesta al matrimonio de la Princesa con un vástago de la destronada familia real de Nápoles, con un hijo del carlista que ametralló á los liberales en la guerra civil, del sucesor de un cabecilla tristemente recordado por sus crueldades en el campo de batalla, del heredero del apellido y de la fama de quien fué desleal á ese trono que quizás venga á ocupar el joven Caserta casándose con la Princesa de Asturias. Porque el pueblo grita y su grito es altamente patriótico y hasta de adhesión á la dinastía, toda vez que rechaza que la sangre fratricida pueda llegar hasta el solio que sirvió de blanco á las balas del Conde de Caserta. Y sobre todo, porque al pueblo que grita ¡muera Caserta! no se le debe poner en camino de que ese mismo Caserta objeto de sus iras y acaso de sus odios, sea su Rey.

Por todas estas causas habríamos impedido el matrimonio de la Princesa con ese carlista de apellido funesto para España. Por todas estas causas nos dá que tomer un *quien pensara!* Por todas estas causas, de estar en nuestra mano, hubiéramos opuesto á la boda un previsor *por si acaso.*

Y los reyes mismos deben pulsar á la opinión, apreciar sus palpitaciones, atender á los pueblos que rigen. En todos los reinos los monarcas están obligados á mandar y á obedecer. Y nadie como los reyes debe mirar al porvenir, examinar el mañana con minucioso cuidado y obrar con arreglo á las circunstancias, no olvidándose, en ningún momento, de que un *por si acaso*, verbi gracia, habría librado á María Antonieta y Luis XXVI del triste momento en que tuvieron que exclamar un *quien pensara!*

## DE MADRID A MURCIA

### La opinión

Si algo faltaba para calentar más los ánimos del pueblo de Madrid, lo ha facilitado el entierro de D. Ramón de Campoamor.

A las dos y media de la tarde ofrecían los alrededores del ministerio de Fomento un aspecto animadísimo.

Gran número de personas, entre las que se ven muchas mujeres del pueblo, van tomando posiciones para presenciar el paso de la comitiva.

Para mantener el orden había dos secciones de guardias municipales de á caballo y muchísimos guardias de Orden público.

En el momento en que empezó á organizarse la fúnebre comitiva se oyeron los clarines, y llegó después frente al ministerio de Obras públicas un regimiento de caballería.

Muchas personas creyeron si lo mandaría el Gobierno para dar guardia de honor al cadáver.

Aquella creencia fué pronto desvanecida, puesto que el regimiento prosiguió su marcha por la calle de Atocha con dirección á la plaza de Antón Martín.

En la de Atocha y en todo el paseo de Recoletos había numeroso público viendo pasar el entierro.

Frente al Congreso, en cuyas gradas se hallan muchos diputados y empleados de la Cámara, se paró la carroza y el clero entonó un solemne responso.

En este sitio aumentó también mucho la comitiva y comenzó á notarse cierto movimiento en la multitud que hizo presagiar sucesos de alguna importancia.

Efectivamente, en este momento empezaron los de la policía á tomar posiciones de refuerzo contra lo que pueda sobrevenir al regreso del cementerio.

### Lo que dice el Duque

El hombre público de más relieve que anteanoche asistió á la fiesta de Palacio fué el Sr. Duque de Tetuán. Vestía de uniforme, con el collar de Carlos III y permaneció todo el tiempo lejos del salón de baile y rodeado de amigos políticos que le oyeron algunos juicios acerca de las cuestiones de actualidad.

En circunstancias y situaciones difíciles, decía el duque, los gobiernos inhábiles y débiles dan los resultados que se están tocando.

Esa situación difícil para España comenzó al surgir el conflicto con los Estados Unidos, hallé en el poder al señor Sagasta y ocurrió la pérdida de las colonias.

Varias veces he reconocido los méritos del Sr. Silvela y con igual justicia he dicho y repetido que carece en absoluto de dotes directivas.

Consignó el Sr. Silvela, en su bandera, el vaticinamiento, y ahora se tocan las resultas, despertando el sentido liberal del país.

La nota de clerical no se la levanta nadie al actual gobierno, por grandes esfuerzos que se hagan para demostrar lo contrario. Clericales serán considerados los Sres. Azañaga, Vadillo y Ugarte, aunque fueran antirreligiosos. Negrete murió, en opinión general, de aflicción á las bebidas alcohólicas, y en verdad, no las probaba.

No hay que dudar que parte de la opinión no vé con simpatía la boda de la princesa, y si á esto se añade un gobierno débil como el actual, se explica bien que el motin lleve cinco días rodando por las calles de Madrid.

Niega el gobierno que se den gritos subversivos y desconoce así la verdad de los hechos.

En eso de la manifestación tengo yo palcos para verla bien. Vivo en la calle de Isabel la Católica, donde está la residencia de los jesuitas, y allí se forman ó van á terminar las manifestaciones, y hasta mi han llegado los gritos subversivos de los manifestantes.

Me parece que es subverso gritar ¡abajo los Borbones! Eso lo he oído yo. Azañaga es un santo; pero carece, como todo el Gobierno, de las energías

necesarias para evitar que tales cosas sucedan ó reprimirlas como es debido. Así aprecia el Sr. Duque de Tetuán los asuntos de actualidad.

### Lo que se dice

Es cosa descartada que el general Azcañaga no presidirá el gobierno que se presente á las Cortes.

El Sr. Silvela se ha convencido que pasó de largo su oportunidad.

Háblase de un ministerio de presupuestos con el fin de legalizar la situación. ¿Quién lo presidirá?

No faltan indicaciones á favor del señor Fernández Villaverde. Pero ¿quiénes serían los ministros? Menos todavía se presume esa lista de personas.

Se vé, pues, que cuanto ocurre en la derecha parlamentaria acusa descomposición, y flaqueza, y debilidad.

La solución ministerial pudo ser hace algunas semanas crisis política. Debe ser ahora crisis política. La opinión pública exige orientaciones distintas y más en acuerdo con la legalidad democrática en que viven conservadores y liberales.

Esta vida tiende al ensanche de los partidos, á la suma del mayor número posible de elementos.

13 de Febrero de 1901.



### Maria Luisa de Saboya

Tan prematura fué la boda de la hija del duque de Saboya con Felipe V, cuyo matrimonio se celebró teniendo 16 años, como precoz era su desarrollo intelectual. Era la joven reina uno de esos seres que cruzan fugaces por el mundo para dejar tras de si un coro de alabanzas por sus virtudes y un sentimiento general por su malogrado talento.

Precoz Felipe V á atender á las guerras de Nápoles, no tuvo inconveniente en confiarle los asuntos de la nación, conociendo su acierto, su tacto exquisito para resolver aun aquellas eventualidades que pusieron en grave compromiso al mismo rey y su discreción ante las intrigas cortesanas.

No se equivocó Felipe en sus juicios, porque Maria Luisa se supo de tal modo granjear el cariño y las simpatías de vasallos y cortesanos.

Las fatigas del gobierno hicieron, no obstante, caer enferma á aquella naturaleza, en la que el vigor físico era superior al intelectual, y hallándose en Zaragoza Maria Luisa, cayó gravemente enferma, pudiendo salvar su vida gracias al empeño puesto por sus médicos, que á todo trance querían arrebatar aquella víctima á la muerte, y á los cuidados del propio Felipe y de la íntima camarera de la reina, la princesa de los Ursinos.

Cuatro años después una nueva enfermedad la llevó al sepulcro el 14 de Febrero de 1716.

Tres hijos quedaron de su matrimonio: D. Luis I, de brevísimo reinado, el infante D. Felipe y Fernando VI.

La muerte de Maria Luisa fué tan sentida por el pueblo, que durante tres días estuvo el cadáver expuesto á la veneración pública en el palacio del Buen Retiro, antes de ser trasladado al Escorial, y el mismo Felipe V no quiso permanecer en aquel palacio y vivió durante algún tiempo en el del duque de Medinaceli.

Hernando de Acevedo

## EL GRITO DE LA PATRIA

La enferma se moría, y como si se hubiera establecido un paralelismo extraño ó una complicidad trágica, la noche y la muerte se acercaban juntas y mientras la habitación se llenaba de sombras y á través de los cristales se veía cerrar el crepúsculo, descendían

también sombras de muerte sobre la pálida cabeza de la enferma, cabeza de escultura hundida á plomo en la almohada, sobre la cual se extendía revuelta una madeja de cabellos rubios.

La exposición del rostro desaparecía, se esfumaba lentamente; los ojos miraban ya sin ver, y por la entreabierta boca se escapaba la vida en un aliento ténue y fatigoso.

La ciencia había agotado todos sus recursos.

Estaba la madre de la enfermita junto al lecho y cerca de ella un médico, que vestía el uniforme militar y un hombre entrado en años, de cabello gris y curtido al rostro, en aquel instante desencajado por la pena.

Como nadie hablaba, el silencio era angustioso, y solo turbado por la respiración cada vez más débil de la enferma.

De pronto sonaron pasos en el corredor, y entró poco después en la habitación un oficial de infantería, que se quedó inmóvil junto á la puerta, sin atreverse á entrar.

El padre de la enfermita volvió la cabeza y con voz apagada y temblorosa, preguntó:

—Se ha recibido la orden—¿verdad?

—Sí, mi coronel, acaba de recibirse.

—¿Mañana?

—Mañana, de madrugada. A las cinco debe estar el regimiento embarcado en el tren.

El coronel añadió concisamente:

—Está bien; á las tres, día y á las cuatro formaremos. Dé usted la orden para que todo esté preparado.

El oficial vaciló un momento, y al fin preguntó en voz baja:

—¿Hay esperanza?

—Ninguna, capitán: la pobrecita se muere.

Ahogó un sollozo, inclinó la cabeza y no dijo más. Si allá en el fondo donde bate en silencio el oleaje de las pasiones, hubo protesta, de la oculta tempestad solo salió á la superficie, como espumilla leve y amarga, una lágrima muy gruesa que la empujó los ojos.

El ejército español se batía en lejanas tierras, defendiendo el decoro de su bandera, y el coronel Candela esperaba de un momento á otro la orden de marchar; su regimiento estaba preparado desde muchos días antes. En uno de ellos su hija había caído enferma.

Desde entonces á las angustias del peligro cercano se habían unido para atormentar al misero padre las angustias cruellísimas de tener que acudir al puesto de honor con su espada, y separarse de aquel lecho.

Pasaron las primeras horas de la noche, tristes y con lentitud cruel. Llegó un instante en que se separaron casi á la fuerza á aquel soldado pundonoroso, á quien la patria había dado tres estrellas en la mocamanga y Dios una hija, que ya no existía. Basó antes de salir de la habitación el livido rostro de la muerta, miró con extraviada fijeza á la madre y salió tambaleándose como un beodo.

Una hora más tarde cruzaba la ciudad al frente de su regimiento. Las calles estaban llenas de gente; los balcones lucían colgaduras amarillas y encarnadas, como la bandera de la patria; el pueblo entero brindaba por aquellos soldados que marchaban al campo de batalla, la ofrenda de su entusiasmo y de su amor, vibraba en el aire el clamoreo general y el eco de las campanas, recordando á aquel puñado de valientes, que Dios iba con ellos á santificar sus victorias.

De pronto el coronel Candela alzó la cabeza que llevaba inclinada sobre el pecho.

Advirtió que pasaba bajo los balcones de aquel hogar que dejaba abandonado; miró hacia uno de ellos y á través de los vidrios que estaban entreabiertos, como si hubieran dado pase á un alma, vió un resplandor ténue y amarillento mezclado á la indecisa luz de la mañana.

El caballo adelantó unos pasos y el coronel comenzó á ver entonces los extremos de unos cristales. No se dió cuenta de que el clamoreo había cesado, en torno suyo y de que todos lo miraban con amargura y con respeto.

